

# Contar y seguir contando

ME piden los editores un anecdotario personal, referido al año último, y leonés. Roland Barthes acaso dijera una colección de «incidentes». Lo de leonés no será difícil, porque sea yo sedentario o viajero, paseante en la corte o friolero junto al mar, casi todo lo que me pasa -incluso lo que pasa por mi cabeza- tiene que ver con León... El año 1987 me pilló en Sicilia y pasé la Nochevieja acordándome del Café Victoria y de cualquier café de León, porque es difícil en Sicilia encontrar un café donde sentarse «y estar». Pero la noche de Reyes -gracias a los aeroplanos, como Cela sigue llamando a los reactores- estaba con mis amigos leoneses en un mesón de la Carretera de los Cubos, casi pegante a la catedral más fina del mundo. Cuatro días después elegimos el Leonés del Año. Lo fue Ángel Barja, que nunca pudo recibir nuestro abrazo. Luego me llegó a mí mismo una recompensa cordial (lo de «entrañable» lo hemos gastado mucho), en Toral de los Vados, aunque con nombre de geografía lejana: el «Canadá». Todavía en enero (o quizá en febrero) cayeron por Papalaguinda los de la televisión regional y me sacaron haciendo que paseaba y luego en casa haciendo que leía, y haciendo que pensaba, pero me opuse a eso tan socorrido que es levantarse del sillón y hacer que se acerca uno a coger un libro. Eso no.

A punto de llegar la primavera fuimos a Madrid para un asunto de lo más leonés, y es que a Luis Alonso Luengo le daban una comida en la Peña de los Marcianos. Después de las viandas el astorgano habló de los romanos, de la Fuente Castalia, de los dioses griegos, y por darles coba a los marcianos, exaltó la coincidencia de que en Astorga se celebren los mercados en martes... Quedó muy bien nuestro paisano, pero esto no choca en Madrid, donde León manda en las pescaderías y en los transportes, en la construcción, y sobre todo en la literatura. Baste decir que aquella misma tarde abrió Gullón su ciclo muy sonado de conferencias en la fundación March sobre Antonio Machado. Ricardo Gullón, más que un crítico o profesor convencional es el inventor de un género literario para el que de momento no encuentro nombre. Filósofo de la literatura, se saca conejos o palomas de su sombrero de prestidigitador: con un poema sencillísimo en apariencia arma figuras geométricas, juegos de espejos, desafíos a la inteligencia del «espectador». Y no vean ustedes cuando invoca su derecho al «supertexto», franquicia que le permite ideas comedidas o exageradas, siempre brillantes y apasionantes.

En 1987, la Semana Santa me llevó a Ponferrada, de predicador. A Ponferrada volví, al menos, en otra ocasión que fue la inauguración de la COPE. En ambos casos tuve cuidado de colocar unas frases compensadoras para mis paisanos más paisanos, que son los de Villafranca. Es mucha ciudad, Villafranca. Había que colaborar en una

preciosa idea de Consuelo Saavedra de Álvarez de Toledo: la edición de un poemario inédito de su primo Joaquín. Nos citó con cortesía, con antelación, para un encuentro en Madrid. La gente suele citar a uno en una cafetería, o en el bullicio del café Gijón. Nuestra anfitriona, tan bella y fina, nos recibió en el Ritz, y al fondo sonaba música de arpa. No sé si confesar que en 1987, exactamente ese día 26 de mayo, pisé el Ritz por primera vez...

Ahora vaya contar un sueño que tuve a mediados del año y que no parece que vaya a borrármelo. Soñé con don Antonio de Lama. Había ido yo a una función de teatro (*¿Maribel y la extraña familia?*), y en el vestíbulo, al salir, me encontré con don Antonio. Si lo cuento es porque esta vez no se trataba de esa imagen borrosa de los sueños. ¡Qué notorio y relevante don Antonio con su sotana, los labios gruesos, los ojos inteligentes! Los dos nos alegramos, nos saludamos sin excesos. Sin referimos a ello, los dos sabíamos que él estaba del lado de «allá», y lo asumíamos con naturalidad. Nos despedimos y él se fue para «su lugar». Antes me dijo: «Esa novela que escribes ahora, si se la pone como continuación de *El señor de Bembibre* no se vería la diferencia». Allí mismo (aún en sueños) yo pensaba: «Tengo que ir corriendo a contárselo a Pepín Castro». Desperté impresionado por la viveza de la aparición. Ahora Castro Ovejero se pregunta -y me pregunta-, como la cosa más natural del mundo, a qué novela se refería don Antonio...

MUCHAS otras cosas quedarán por ahí, de un año que me trajo alegrías, zozobras... Y tan notoria como las presencias, esa contrariedad de algunas ausencias de uno mismo por aquella de que no se puede estar en misa y repicando. No he podido ver a Crémer en algún momento en que hubiera querido decirle mi solidaridad con un abrazo. He faltado -pero no con el corazón- a la fiesta de Gamoneda en San Marcos cuando la presentación de *Edad*, su definitivamente consagrada recopilación. He tenido, y tengo, una lista de nombres leoneses -de afectos- que llenaría el libro de un año y de muchos años.

**Antonio Pereira**